

«*Rafael de Montalvan*; y debajo, escrito con lápiz: *ha venido á informarse de la salud de la señora de Blanford.*»

Julia dejó allí la tarjeta y se fué á acostar con alguna más tranquilidad que en los dias anteriores.

Diego llegó poco despues: venía del teatro: acostóse silenciosamente, y pasados algunos instantes, Julia, que habia fingido estar dormida, le oyó dormir muy de véras y muy tranquilamente en su lecho.

III.

LA REVELACION.

A la mañana siguiente recibió Julia un aviso para que fuese á casa del Conde de Montalvan.

Vistióse, y pocos momentos despues se hallaba en la habitacion de Amanda.

—Querida mia, le dijo ésta, es preciso que hoy empecemos mi retrato; mi primo dice que se alegraria mucho de poseerlo, y yo debo complacerle lo ántes posible.

—Estoy á las órdenes de V., señorita, respondió Julia.

—¿Qué traje opina V. que me ponga?

—Aquel que V. prefiera.

—Debo hablar á V. con franqueza, dijo Amanda, cuyo semblante tomó una expresion muy pronunciada de resolucion, en la que habia no poca parte de despecho concentrado: deseo que en mi retrato me embellezca mucho sin alterar el parecido.

—Eso es algo difícil, repuso Julia: ¿ni de qué serviria tampoco cuando está á la vista el original?

—¿Luego V. me cree muy fea?

—No por cierto; hay otras que lo son mucho más que usted.

—En fin, querida amiga, por la primera vez de mi

vida pienso ahora con seriedad en casarme, y deseo que este retrato salga lo mejor posible : voy á ponerme un traje celeste y un aderezo de perlas : ¿le parece á V. bien?

—Me parece que el color celeste no dice bien con la tez y con los cabellos de V.

—¿Estaria mejor con un traje rosa?

—Tal vez sí.

—¿Y con uno de terciopelo negro?

—Ese sería mil veces mejor.

—Voy, pues, á vestirme.

Amanda salió, y entre tanto Julia se quitó su sombrero negro y su manteleta, sin poder dejar de sonreirse ante la ridícula pretension de Amanda de ser bonita por la primera vez de su vida.

El ruido de una persona que entraba la distrajo de sus reflexiones; volvióse y vió á Rafael.

Este se inclinó delante de ella y luégo se informó de su salud con una política afectuosa y grave.

—No creia yo que fuese en París donde debia hallár á V., señora, continuó despues ; mucho la he buscado en Madrid á mi vuelta de Roma. Por espacio de quince dias pregunté á todos mis conocidos y me informaba hasta de las personas con quienes hablaba por la primera vez; hallé, al fin, en la misma fonda en que yo me hospedaba, á una anciana señora que volvia de Barcelona, á donde habia hecho un corto viaje, y que me dijo ser amiga de su señora madre; por ella supe su enlace de V. hace ya seis años, y llevado á efecto uno despues de la muerte de mi pobre padre.

Al hablar así, la voz de Rafael era triste y vibrante; conocíase que se habia acostumbrado á amar á Julia y que la pérdida de sus ilusiones le lastimaba el alma.

La jóven, á pesar de su inexperiencia, lo comprendió así; pero él, deseando convencerla de ello, prosiguió:

—Julia, yo amaba á V. desde que la conocí siendo muy niña, y cuando estaba convaleciente de una grave enfermedad; V. no se acordaba de mí, pero su imágen no se ha separado un solo instante de mi memoria; ahora que la he visto, ahora que la encuentro desgraciada, la amo mil veces más.

Rafael pronunció estas palabras con un fuego, que Julia, tan cándida, tan inocente á pesar de sus veinte y tres años, le miró asombrada y confusa; se sonrojó, y poco despues una densa palidez se extendió por sus mejillas.

—Caballero, dijo con acento trémulo y cortado, esa declaracion de amor es tan imprudente como inútil; yo soy casada, amo á mi esposo y soy feliz.

—¿Es eso verdad? preguntó con acento de triste incredulidad el artista : ¿es cierto, Julia, que es V. dichosa, cuando veo el sufrimiento escrito en todas sus facciones, cuando su sonrisa es tan dolorosa, cuando va tan pobremente vestida, cuando su marido la deja andar sola por las calles y expuesta á groseros insultos como el que sufrió ayer? ¡Ah, perdon, Julia! prosiguió Rafael, al ver que las facciones de la artista se contraian dolorosamente : ¡perdon! no queria yo evocar ese odioso recuerdo; pero al hablarme V. de dicha, él viene, sin que yo le llame, á mi memoria, como una protesta á la sublime

mentira con que intenta defenderse de mi amor; ¡su marido de V. ni la ama ni la hace dichosa!

— ¡Que no me ama! exclamó la jóven con una indignacion generosa; ¡si eso fuera verdad, ya no existiria yo!

— ¡Será posible! murmuró Rafael, ¡será cierto que usted le profese una pasion tan exclusiva!

— Es la verdad, caballero, que jamas he amado ni amaré á nadie más que á él; y no es ménos cierto que hay algo de muy odioso en el empeño con que V. trata de destruir una á una todas las ilusiones que hacen mi felicidad. ¡Ah, no es ésta por cierto la mision de que su buen padre le hubiera encargado, si por fortuna viviese todavía!

Rafael se irguió ofendido y orgulloso; la expresion de tierna y amorosa piedad que se advertia en sus facciones desapareció como por encanto, y respondió con acento sordo y concentrado:

— Yo bien sé lo que vale su esposo de V.; señora, al ménos por lo que respecta á su talento artístico; envié un cuadro á Roma que nadie quiso ni mirar.

— ¡Ah! exclamó Julia dolorosamente: si éste es el amor de los hombres, libreme siempre Dios de él, porque no merece otro nombre que el de odiosa vanidad. ¡Caballero, prosiguió la jóven con entereza, yo no necesitaba saber que mi esposo valia poco, puesto que le estimo en mucho, ni debo creerlo así por el interesado y ruin aserto de V. En tanto que yo le ame, el amor le enaltece á mis ojos, y no entiendo un cariño que se expresa arrancando del alma hasta la esperanza de la felicidad!

— ¡Ah, Julia, es que V. no es dichosa! exclamó Ra-

fael con acento triste. Usted vale más, mucho más que su marido, y no se puede amar á la persona que no se estima y respeta; no hay sosten más fuerte del amor que la admiracion que puede inspirar la persona amada; no hay verdugo más cruel de la pasion que el desprecio de la persona á quien se ama.

— ¡Bravo, primo mio! jamas hubiera creido que fueras tan gran pensador, dijo una voz seca é incisiva.

Rafael se volvió y vió á Amanda en la puerta de un gabinete situado á su espalda.

La jóven venía ataviada con un traje de terciopelo negro, que no carecia de buen gusto á causa de su extremada sencillez; tenía el escote cuadrado y las mangas á la veneciana, lo que le daba un aspecto artístico y grave á la par.

No obstante, aquel color severo era poco á propósito para favorecer la tez morena, gruesa y biliosa de Amanda, y sus facciones duras, irregulares y enteramente faltas de armonía; ninguna expresion dulce ó benévola las animaba, y sólo resaltaba en su conjunto una expresion de orgullo casi salvaje; era ese orgullo que estriba sólo en la riqueza, y en el poder que ésta concede á los que la poseen.

— Vamos, señora, dijo friamente á Julia; vamos á mi taller y empezaremos.

La jóven no pudo responder una palabra; el rubor, y tambien una especie de angustia inexplicable que le habian causado las palabras de Rafael, habian echado un nudo á su garganta. Amanda pasó delante, y ella la siguió en silencio, dirigiéndose ambas al taller.

— Empecemos, dijo la hija del Conde sin perder la dureza de su acento; dígame V. cómo he de colocarme.

Julia estuvo para responder que de ninguna manera, puesto que ella rehusaba hacer su retrato; pero se acordó de la pobreza, que asomaba su descarnada faz á las puertas de su casa, y colocó ella misma á su futura discípula en un sillón.

El taller era una sala espaciosa y arreglada con el lujo y comodidad que parecía inseparable de todos los accesorios de aquella casa; toda la luz la recibía por el techo, que estaba cerrado con cristales, sobre los cuales había corridas cortinas de seda verde; hermosos modelos de mármol, bronce y yeso se elevaban con una simetría helada, pero llena de aseo, sobre un aparador de nogal que circuía el taller; dos ó tres maniquís vestidos con magnificencia se veían en los ángulos principales, y otros tantos caballetes, uno de los cuales tenía extendido el lienzo preparado para trabajar Julia, ocupaban el centro.

La jóven tomó la paleta y se puso á trabajar, dominando en lo posible su emoción y el recuerdo de la voz de Rafael, que aún resonaba dentro de su alma.

Amanda no dijo una sola palabra, pero en sus ojos se leía la expresión del sarcasmo y de una crueldad fría y calculada.

Una hora duró el trabajo de la artista; al cabo de este tiempo dió las gracias á su futura discípula por su atención y se levantó para marcharse.

— Señora, dijo Amanda con acento duro y osado, antes de separarnos quisiera decir á usted dos palabras.

— Ya escucho, señorita, respondió Julia, cuyo corazón, dolorido ya, se encogió como si presintiese una nueva herida.

— Mis palabras serán breves: hélas aquí: amo á mi primo, ó por lo ménos, deseo casarme con él.

— Y bien, señorita, ¿qué tengo yo que ver con eso?

— Lo ignoro; pero creo adivinar que tiene V. que ver algo.

— Pues está V. en un error,

— Lo que sé es que él ama á V.

— Yo no alentaré jamás ese amor; es cuanto puedo decir á V.

— ¿De veras?

— Se lo aseguro así.

— Y yo no tengo motivo para dudar de su palabra; pero deseo algo más de V.

— ¡Algo más!

— Sí; deseo que V. haga comprender á mi primo, que es pobre, cuánto le interesa casarse conmigo.

Las blancas mejillas de Julia se pusieron del color de esas amapolas que bordan en el verano las márgenes de los campos sembrados de trigo.

Sin embargo, el pensamiento desolador de su pobreza contuvo otra vez el justo ímpetu de su ira. Aquel día estaba dispuesto por Dios que debía apurar un amargo cáliz.

Procuró serenarse y contestó:

— Es probable, señorita, que yo no vuelva á ver más á su primo de V., y así, no puedo tomar el encargo que me hace.

— ¡Cómo! exclamó Amanda con una sorpresa llena de ironía, ¿será posible? ¿tanto es lo que V. le teme?

— No le temo nada; pero no es tampoco preciso que le vea.

— Sin embargo, él ama á V., se lo repito.

— Si eso es cierto, ¿un debo verle menos.

— Tengo entendido, prosiguió Amanda, que el estrafalario de mi tío habia proyectado casarle con V., su discípula favorita; ¿es eso verdad?

— Sí, señora.

— ¡Extraño es, por cierto, que su corazon se hallase tan acorde con el mandato paternal! Pero acabemos, y permítame V. que le descubra uno de los pliegues más profundos y más dolorosos de mi corazon.

Amanda se detuvo; su voz se habia ahogado en su garganta, y su dura fisonomía expresó una emocion tan amarga y punzante, que el honrado y candoroso corazon de Julia se conmovió profundamente: la jóven prosiguió de esta suerte:

— Yo la aborrezco á V. en algunos instantes, porque es bonita, dulce, simpática y graciosa; pero esto no es extraño; á los quince años, edad en que todo se ama, en que todo nos parece hermoso, aborrecia yo al género humano.

— ¡Ah, desgraciada jóven! ¿será posible!

— Nada hay más cierto; ¿y sabe V. por qué causa? porque yo era un monstruo de fealdad. La que ahora me distingue tan fatalmente de las jóvenes de mi edad, casi todas casadas ya y con una brillante posicion social; la que hoy ve V. en mí, es belleza en comparacion de la de-

formidad con que la naturaleza me obsequió durante esos hermosos años en que tanto se sueña y en que la copa del destino se nos presenta orlada de flores.

Amanda calló; una violenta agitacion hacia palpar su pecho demacrado y hundido por largas horas de dolor, y por una desesperacion tanto más profunda cuanto más silenciosa y concentrada; una lágrima ancha y llena de amargura rodó por su mejilla con esa lentitud propia de los grandes dolores, y bajó más pequeña hasta su seno, pues gran parte de aquella gota de fuego quedó entre las señales de viruelas que la desfiguraban.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO HEYES"
1886-1888 MONTERREY, MEX.

IV.

AMENAZAS.

Siguió una larga pausa á las palabras de la jóven, que hacia esfuerzos sobrehumanos para serenarse. Julia callaba y sentia oprimido su corazon por una inexplicable sensacion de terror, cuya causa no comprendia aún con claridad.

Se decia allá en el fondo del alma que se hallaba delante de un cruel y despiadado enemigo; pero esto no se lo decia la razon, sino ese vago instinto de las naturalezas sensibles y dotadas de una exquisita percepcion.

Su alma inocente plegaba las alas llena de asombro ante aquellos dolores desconocidos y terribles: nada sabia de la vida, pues hasta sus mismas penas llevaban el sello de la cándida inexperiencia y de esa abnegacion propia de la primera edad.

Calló, pues, y miró á su discípula durante la pausa que aquélla hizo en su razonamiento, como mira la paloma al milano que se cierne sobre su cabeza. Amanda habló por fin.

—Nadie, dijo, me dirigió una palabra de amor desde los quince á los veinte años, y por lo mismo no tuve

ocasion de ser coqueta, ni tampoco pude abrir mi corazon á dulces esperanzas: huí un jóven, al cabo, que empezó á hacerme la córte y que pidió mi mano; pero mi padre, gran diplomático y hombre positivo, se informó del estado de su fortuna, y supo que estaba arruinado, y que lo que queria era pagar sus deudas y vivir con mi dote.

—¡Oh, qué infamia! exclamó Julia.

—Estas infamias abundan mucho en el mundo, respondió Amanda con una sardónica sonrisa, que descubrió por primera vez á Julia sus dientes largos y dañados: luego prosiguió:

—De esto hace cinco años; porque, ya que nos hallamos en el terreno de las confianzas, quiero decir á V. que yo no tengo veinte, como mi padre dice, sino cerca de veintiseis: esto mismo hará conocer á V. que necesito, que quiero casarme, pues de lo contrario es muy posible que dentro de muy poco tiempo haya conquistado para siempre el odioso apodo de solterona.

—¡Oh, no! repuso Julia; aún puede V. esperar.....

—¡Esperar! repitió Amanda con su sardónica sonrisa: ¡esperar á los veintiseis años, con mi cara! Si tuviera la de V., seria más fácil; pero no, no: vuelvo al punto de donde partí para mis confianzas con V.: quiero casarme con mi primo.

Y como viese que Julia guardaba silencio, repitió:

—Quiero casarme con mi primo, y que V. me ayude á conseguirlo.

—Pero ¿de qué modo?

—No lo sé, ni me importa; eso sólo le interesa á V.

—¿A mí?

—Sí, á V., porque si V. consigue que me case con mi primo, yo haré la fortuna de V. : mi padre no ama más que á mí en el mundo : por mí llegaría hasta al crimen: yo soy su religion, porque ninguna otra reconoce ni me ha enseñado á conocer.

—¡Oh Dios mio! exclamó la pobre Julia uniendo sus manos con terror.

—No nos quiera V. por enemigos á mi padre y á mí, prosiguió Amanda sin dejar su siniestra sonrisa : como nuestra aliada, podrá alcanzar mucha más gloria de la que jamas ha conocido, y una riqueza en que jamas pudo soñar.

—Pero..... ¡Dios mio, yo no sé lo que me pasa! murmuró Julia como aterrada de su propia voz : ¿qué es lo que yo puedo influir en la suerte de V.? ¡Nada entiendo de lo que me dice!

—¿Es eso posible?

—Es tan cierto, que no volveré á ver á V. jamas : ¡no quiero acabar su retrato de V..... no quiero su dinero..... ¡Adios, señorita!

Julia dió dos pasos hácia la puerta. Amanda anduvo tambien aquellos dos pasos, la asió de la mano y la hizo volver al asiento que ántes habia ocupado.

—Jóven, le dijo, no he descubierto á V. mis proyectos sin saber ántes cuál es su posicion : soy mujer que no obra jamas al aire, cuya mirada es segura y cuya voluntad es firme; sé que la pobreza habita ya su casa : ¡no me interrumpa V.! La pobreza habita su casa, y ya hace mucho tiempo, porque su marido juega.

—¡Diego! ¡oh, qué calumnia!

—¡Calumnia! ¡Pobre Julia! exclamó Amanda con su acento hiriente y su terrible sonrisa : ¡calumnia! ¿Qué se ha hecho, pues, el dinero que V. ha ganado, el que ha ganado él mismo? ¿No ha sospechado V. alguna vez que sus deudas no podian ser eternas y que acaso contraia otras nuevas? Pues bien, pobre jóven, si esto ha pensado, ha sido que la luz de la verdad ha pasado ante sus ojos inexpertos : su marido de V., no sólo no está sin deudas, sino que ha contraido otras mayores que las que tenía, por su fatal pasion de jugar!

—¡Dios mio! exclamó Julia pálida y quebrantada, alzando al cielo sus ojos azules nublados por las lágrimas : ¿qué he hecho yo, desgraciada de mí, á esta mujer para que así se encarnice contra la poca parte de ventura que me has concedido?

—Yo no quiero robar á V. su ventura, respondió Amanda, sino conquistar la mia, y para esto necesito casarme, y sólo puedo casarme con mi primo : piense usted en que si lo consigue la haré rica, que es lo que hace más llevadera la desgracia.

—Pero yo no puedo nada para eso, y no lo intentaré siquiera.

—Entónces mi padre y yo serémos sus enemigos mortales, irreconciliables; porque él desea mi casamiento tanto como yo.

—¿Y qué me importa? exclamó Julia levantándose de nuevo : nada tengo que ver con V. ni con su padre, y jamas volveré á ver ni al uno ni á la otra.

—¿Quiere V. guerra, cuando le brindo con la paz?

—No quiero nada más que huir de la presencia de usted.

—Sin embargo, ¡tendrá V. guerra, y una guerra cruel! dijo Amanda á Julia, quien, no obstante haber pasado el umbral de la puerta del taller, oyó bien este grito de venganza, que llegó á estremecerla hasta lo más íntimo de su alma.

V.

APRESTOS PARA EL COMBATE.

Al día siguiente Julia, sola en su cuarto, estaba abismada en profundas y dolorosas reflexiones.

Hallábase condenada á una forzosa ociosidad, lo que era el más cruel tormento para su carácter activo y su organismo de artista.

Ademas, su corazón dolorido necesitaba distraerse, y con nada lo hubiera conseguido tanto como con un trabajo asiduo é incesante.

Pensaba en su marido; en su marido, á quien apenas veía más que á las horas de comer, en las cuales permanecía silencioso, taciturno y sombrío.

Cuanto más reflexionaba en las crueles palabras de Amanda, tanto más se convenía de que tenía razón respecto á que jugaba: ¿de dónde procedía, si no, aquel desasosiego que se advertía en sus facciones, aquel descuido de su persona, aquellas horas desusadas de volver á su casa? ¿De dónde el haberse vuelto su carácter tético é intratable? ¿De dónde aquel violento disgusto que se pintaba en su fisonomía durante la hora de la comida en familia?